

BIBLIOGRAFIA

CATALDO DI NAPOLI, *Dove va la civiltà industriale*, Istituto Padano di Arti Grafiche, Rovigo, 1978, 183 pp.

Si una persona medianamente culta, con ciertas preocupaciones intelectuales —sin que lleguen a ser estrictamente metafísicas—, observadora y que suele poner atención en los acontecimientos diarios, hiciera un catálogo de los “males” y problemas que aquejan al hombre y al mundo hoy, su enumeración, con toda seguridad, no diferiría mayormente de los títulos de cada uno de los capítulos del presente libro. En efecto, desde los problemas de la democracia, la violencia y la sociedad permisiva, hasta el tráfico de armas, el cine, la familia y las drogas, etc., son temas sobre los que recae la atención, por qué no decirlo, lúcida y sintética, de Di Nápoli.

La obra está estructurada sobre dos ejes fundamentales: “se trata de hechos y fenómenos —dice el autor— de nuestro tiempo, que revelan en cierta medida la naturaleza de la civilización actual” (6); es decir, hay un primer intento que consiste en mostrar ciertos hechos —sociales, políticos, económicos y culturales— sin una pretensión interpretativa, sino de constatación. Por otra parte, el segundo eje estaría constituido por un interrogante, que expresado por Di Nápoli quedaría formulado diciendo que “el tiempo se encargará de hacer conocer cuál será el signo del hombre de la era atómica, en qué dirección serán orientadas sus preferencias” (8). Pero ante esta constatación de hechos y este interrogante así formulado, se entrevé un supuesto, o varios, fundamental: la civilización industrial es una civilización decadente; la violencia es el signo de su caída; la falta de libertad, su consecuencia, y la “muerte de Dios”, su causa.

El estilo de la obra es fluido, rápido; prácticamente no se detiene nunca el autor a encontrar el tiempo y el espacio para grandes profundizaciones o intentos teóricos. Pero, a pesar de este “vuelo de pájaro”, el libro dista, y mucho, de provocar desinterés, porque su misma sencillez invita a la reflexión sobre los problemas que trata. Todo el texto tiene, además, una orientación cristiana; en este sentido las críticas y las soluciones propuestas, casi siempre a modo de esbozos, son al mismo tiempo que realistas, cristianas; es decir, la óptica, la tonalidad de fondo, es el marco de la fe. Esto último, por supuesto, no es argumento para declarar dogmáticas las aseveraciones del autor, o unívocas sus soluciones, sino que simplemente indica que fuera de este contexto varios pasajes (por no decir la totalidad de la obra) resultarían ininteligibles. Hay supuestos, simplemente aceptados, no demostrados, entre otras cosas, porque una demostración hubiese sido poco menos que imposible. Desde este punto de vista se puede entender que “la civilización contemporánea está signada, como se sabe, por un proceso de secularización cuyo soporte es la afirmación de la muerte de Dios” (167).

Se puede decir que la totalidad de los hechos —los males— enumerados en cada capítulo, conduce a aquél titulado “Quando Dio muore”. Allí se llevan

a sus últimas consecuencias —sin salirse del estilo “glissante” de toda la obra— las actitudes constatadas anteriormente.

El libro conlleva un intento moralizante, sirve, si se me permite la expresión, para no perder la memoria, o, si se quiere, para poner las barbas en remojo. Pero este intento ético no carece de atisbos metafísicos. La frase conclusiva del libro así lo muestra: “Se puede decir que una auténtica y válida antropología no puede eludir el hecho de que el hombre es incapaz de establecer buenas relaciones con sus semejantes, y por lo tanto de construir una verdadera civilización, si primero no toma conciencia de su propia condición de creatura y no procura estar en paz, en primer término, consigo mismo, con su propia conciencia” (180).

Se trata, en definitiva, de un libro de divulgación, simple, pero con una arquitectura sólida, bien fijada, que no requiere del lector exquisitos aprestos metafísicos, o una ilustración fuera de lo común para ser comprendido y valorado. Al mismo tiempo su claridad es una buena orientadora.

DANIEL GAMARRA

DOROTHEE SOLLE, *Sufrimiento*, Ed. Sígueme, Salamanca, 1978, 180 pp.

“¿Es posible integrar las múltiples formas del sufrimiento en un proceso educativo que dure toda la vida? ¿Cómo distinguir el sufrimiento que hace ciegos y sordos, que nos deja mutilados, del sufrimiento que resulta productivo para nosotros?” (pág. 9), pregunta la autora al comienzo de su obra, y alrededor de esta interrogación gira toda la problemática.

En los capítulos 1 y 2 comienza haciendo una crítica del masoquismo cristiano, de esa sumisión incondicional al sufrimiento y de lo que llama apatía postcristiana, consistente en un cristianismo insensible al dolor, a los problemas sociales y políticos.

Habla en el capítulo 3 de las fases del dolor: el sufrimiento mudo, sumiso; la queja, que implica aceptación y superación en estructuras previamente establecidas, y finalmente el cambio, que supone aceptación y superación de la impotencia en estructuras cambiadas.

Se refiere en el capítulo 4 a la aceptación del sufrimiento, actitud que según Solle está bajo una doble sospecha ideológica. Así, desde el punto de vista individual aparece como un masoquismo y desde el punto de vista social como una afirmación que consolida los estados injustos.

En el capítulo 5 habla del aprendizaje por medio del sufrimiento, estableciendo que podemos lograr por el dolor, un amor más grande a todo cuanto existe, pero que no es necesario que remitamos a Dios este cambio que opera el sufrimiento, ya que el cristianismo es una religión libre de sufrimiento en un mundo también concebido como exento de dolor.

En su último capítulo se refiere al cristianismo como religión de los esclavos, diciendo que no es sólo una actitud religiosa interior, sino también un movimiento político de sublevación, pues en ella se agita toda rebelión interna. Cita además a “El Anticristo”, de Nietzsche, donde dice: “La igualdad de las almas ante Dios, esta falsedad... es dinamita cristiana”.